

su inquietud, á causa de su aversion á tomar parte de nuevo en la vida pública, se expresa en la correspondencia dirigida á sus íntimos amigos y corresponsales.

Contestando á una carta de Hamilton, le decia: «Mucho me alegraría que los electores, dando sus votos á otra persona, no me pusieran en la alternativa de aceptar ó rehusar. Deseo de todas veras averiguar si no existe ninguna probabilidad de que el gobierno se organice satisfactoriamente sin mi cooperacion. Trato de obtener con la mayor solicitud todos los informes que puedan facilitarme las actuales circunstancias para determinar luégo con arreglo á los principios de la sana razon y en virtud de lo que me dicte mi conciencia, prescindiendo en cierto modo de lo que pueda despues afectar á mi persona ó mi reputacion. Por lo que hace á vuestro argumento lo tomaré en consideracion tan desapasionadamente como me sea posible.

»Al examinar detenidamente el asunto, y bajo cualquier punto de vista que lo mire, debo confesaros, amigo mio, que experimento una especie de tristeza, cuando pienso en la probabilidad de que me llame el país para entrar de nuevo en la vida pública, y estoy muy seguro de que me creereis, aún cuando no suceda lo mismo con los que me conocen ménos que vos, al decirnos que si se me nombrase y me viera precisado á aceptar, experimentaria más disgusto que nunca en mi difícil situacion. Estad seguro, sin embargo, que sólo me impulsaria el ardiente deseo de hacer el bien de mi patria, y la esperanza de que muy pronto podría el país dispensarse de mis servicios, permitiéndome una vez más retirarme á pasar mis últimos dias en el seno de la tranquilidad doméstica y léjos de las tempestades de la vida.»

En la misma época escribia á Lafayette: «Vuestras opiniones seguramente coinciden mucho mejor con las de mis amigos que las mias propias; y á fe que las dificultades van aumentando para mí, segun va acercándose la época en que, conforme á lo que de público se dice, será necesario que yo dé una contestacion definitiva.

»Si las circunstancias hicieran inevitable una afirmativa, estad seguro, amigo mio, que aceptaré el cargo no sólo con disgusto, sino con verdadera desconfianza, pues no era mi deseo tomar de nuevo una parte activa en los negocios públicos. En el caso de aceptar, trazaré desde luégo mi línea de conducta, proponiéndome por cuantos medios esten á mi alcance, y aún cuando sea á costa de mi popularidad,

sacar al país de los apuros en que se encuentra por falta de crédito, despues de lo cual deseo organizar un sistema general de política, que pueda asegurar, si se prosigue, el bienestar y la dicha de mi país. Paréceme distinguir una senda que debe conducir, á no dudar, al logro de mis deseos; la buena armonía, la honradez y la industria pueden convertirnos en un gran pueblo que á ningun otro tenga que envidiar la felicidad. Afortunadamente la situacion actual de nuestros asuntos y las buenas disposiciones de mis compatriotas, ofrecen una eficaz cooperacion para establecer las bases sobre que deba fundarse el público bienestar.»

El primer presidente de aquella gran república que es el asombro de las modernas naciones, no podía ser sino el que todos á una voz, propios y extraños, proclamaban como el libertador de los Estados-Unidos. Washington fué elegido por unanimidad para ocupar la presidencia. Juan Adams, que habia trabajado más oscuramente, pero con el mismo celo por la libertad de América y el establecimiento de la Constitucion, obtuvo el honor de ser nombrado vice-presidente.

Aunque se sabia de antemano el resultado de la eleccion, no se le notificó oficialmente á Washington hasta el dia 14 de abril. Este retardo hubo de ser, segun parece, un agradable respiro para nuestro héroe, por cuanto á este propósito escribió á su amigo el general Knox: «Debo confesaros que esta dilacion equivale para mí á que me hubiesen puesto en capilla; pues os aseguro con la mayor franqueza (el mundo no lo creería), que segun me voy acercando á la silla presidencial, lo que siento debe asemejarse algo á lo que siente el reo que marcha al lugar de la ejecucion. Figuraos, pues, cuánto me desagrada, ahora que me aproximo al ocaso de la vida, abandonar mi pacífica morada para lanzarme al océano de los negocios públicos, sin esa competencia, sin esa inclinacion y sin esos conocimientos políticos que son necesarios para manejar las riendas del Gobierno. Todo lo que yo puedo ofrecer es rectitud y firmeza. Ya sea el viaje corto, ya largo, no me abandonarán estas dos cualidades, aún cuando todos los hombres me dejaran aislado; pues el mundo no puede privarme seguramente del consuelo de haber obrado segun me dicte mi conciencia (1).»

(1) Spencer, *Historia de los Estados Unidos*, tom. II, págs. 189 y 190, edicion Montaner y Simon, Barcelona.—Writings, tom. IX, pág. 488.

Así que llegó el mensaje, Washington partió, obedeciendo al llamamiento de su país. Con tal motivo consignó en su *Diario*: Hoy 16 de abril, á las diez, he dicho adios á Monte Vernon, á la vida privada, á la felicidad doméstica; y con el corazón oprimido por dolorosas sensaciones, que no puedo expresar con palabras, he salido para Nueva-York acompañado de Mr. Thomson y el coronel Humphreys, animado de los mayores deseos de servir á mi patria, respondiendo á su llamamiento; pero con pocas esperanzas de corresponder á lo que de mí aguarda (1).»

Su viaje fué una completa ovacion: en el camino y en las poblaciones, en todas partes, acudían en tropel y llenos de entusiasmo sus compatriotas, á ofrecerle el tributo de su respeto y veneracion. Llovieron las felicitaciones; eleváronse arcos de triunfo cubiertos de expresivos emblemas y lisonjeras inscripciones, y diéronsele, en fin, las mayores pruebas de general contento que pudiera desear. Ninguno de los héroes de la antigua Roma, aún en los mejores tiempos de los Césares, recibió tantas muestras de patriótico entusiasmo, gratitud y cariño, ninguno mereció tan vivos, espontáneos y afectuosos festejos.

Todo su tránsito fué un incomparable triunfo, colmado de vítores, agasajos y bendiciones, y entró en el puerto de Nueva-York, acompañado de los comisionados del Congreso, en una barca elegantemente adornada, tripulada por trece remeros, que eran otros tantos pilotos, en nombre de los trece Estados.

Al desembarcar en el muelle de Murray, fué saludado por repetidas salvas de artillería, y el gobernador del Estado, las corporaciones de la ciudad, el clero, los ministros extranjeros y gran concurso de ciudadanos le acompañaron hasta su residencia.

La disposicion interior de aquel grande hombre continuó siendo la misma en medio de tales demostraciones, y en prueba de lo que durante aquellos momentos experimentaba, anotó en su *Diario*: «Al contemplar los empavesados buques, á bordo de los cuales dejábanse oír alegres músicas; al escuchar las salvas de artillería y las ruidosas aclamaciones del pueblo, que atronaban el espacio, experimenté la más dolorosa sensacion, reflexionando de cuán distinto modo se me trataria si despues de todos mis afanes y trabajos no consiguiera satisfacer las esperanzas del país (2).»

(1) Spencer, *Historia de los Estados Unidos*, tomo II, pág. 190.—Writings, tom. X, pág. 461.

(2) Spencer, id. id., págs. 190 y 191.—Marshall, tom. V, pág. 68.

El dia 30 de abril de 1789, al mismo tiempo que se abria en Paris la asamblea Constituyente, observa un eminente historiador, Jorge Washington juró «solemnemente desempeñar con la mayor fidelidad el cargo de Presidente de los Estados-Unidos, haciendo todo lo posible para conservar, proteger y defender la Constitucion.»

Ningun hombre ha subido á la cúspide del poder por camino más recto, en virtud de un voto más unánime y universal, ni con más extenso y aceptado influjo. Ya hemos consignado que vaciló mucho tiempo, pero al fin cedió á las repetidas instancias de sus amigos y á los vehementes anhelos del país. Cuando dejó el mando del ejército declaró solemnemente y prometiéndose á sí mismo con la mayor sinceridad, vivir en paz léjos de los negocios públicos; por lo que era para él un inmenso esfuerzo cambiar sus propósitos, sacrificar sus inclinaciones y su apetecido reposo á una cosa de incierto éxito, exponerse á que se le acusara quizá de inconsecuencia y de ambicion. Consideraba justamente el empeño que contraía. La penetracion del saber unida á la adhesion del héroe, forman el supremo honor de la humanidad. Washington reconocia toda la extension del compromiso á que quedaba obligado, y cuanto de él exigia tan difícil y sagrada mision.

Apénas formada, la nacion que habia conducido á la independecia, y que á la sazón le pedía un gobierno, entraba en una de esas grandes transformaciones sociales que hacen el porvenir tan oscuro, tan peligroso el poder. Se ha repetido con bastante frecuencia, que el estado de la sociedad y de los ánimos de las colonias inglesas, ántes de su separacion de la metrópoli, era esencialmente republicano, y estaban, por consiguiente, preparadas para recibir esta nueva forma de gobierno; pero debe tenerse en cuenta que, sin embargo de que casi todas ellas se mostraron inclinadas á la constitucion republicana, diferian mucho entre sí bajo el punto de vista de su organizacion social y el estado y las relaciones de sus habitantes. En unas, en que el suelo pertenecia generalmente á grandes propietarios, rodeados de esclavos ó de pequeños cultivadores, se respetaban las sustituciones y las primogenituras en las familias; la Iglesia estaba constituida y dotada; la legislacion de Inglaterra, que tantas huellas conserva del feudalismo, se habia mantenido por completo, y el estado social era aristocrático. En otras, en que los puritanos fugitivos



introdujeron su rigidez democrática y su fervor religioso, no había esclavitud ni grandes propietarios en medio de una población inferior, plebeya, ni había inmovilidad en la posesión del terreno, ni Iglesia gerárquica y fundada en nombre del Estado, ni superioridades sociales legalmente instituidas; el hombre lo esperaba todo de su laboriosidad, de su trabajo y de la gracia divina, el espíritu de independencia y de igualdad había pasado del orden religioso al orden civil, y el estado social era puramente democrático.

Aparte de esto, hay que observar que aún bajo el imperio de las máximas puritanas, otros motivos atenuaban en ciertas colonias el carácter del estado social, y modificaban su desarrollo de una manera marcada y casi permanente. Se nota y existe gran diferencia entre el espíritu democrático religioso y el espíritu democrático puramente político. El primero mantiene siempre algo de su origen y conserva en sus procedimientos, en su acción, un poderoso elemento de subordinación y de orden, el respeto, á pesar de su orgullo y puede decirse que tradicional altivez. Por esta razón en aquellos puritanos que se doblegaban diariamente ante un señor, sometiendo á su voluntad soberana la mente, el corazón, la conciencia, la vida; cuando fueron llamados á gobernarse por sí mismos, la sinceridad de su fe y la severidad de sus costumbres impidieron que el espíritu democrático se inclinase á la insolencia individual, al desorden social y político. Los magistrados tenían en cierto modo un punto de apoyo que les daba firmeza y hasta muchas veces les hacía ser rígidos en el ejercicio de su autoridad y el estricto cumplimiento de sus deberes. La autoridad paterna era fuerte, poderosa y respetada, puesto que se hallaba sancionada por la ley, y si bien estaban prohibidas las sustituciones y la desigualdad de las herencias, el padre disponía con entera libertad de sus bienes, y los distribuía según su voluntad entre sus hijos. La legislación civil no se había ajustado por lo general á las máximas políticas, y recordaba las antiguas costumbres; de manera que aunque dominaba el espíritu democrático, no dejaba de encontrar oposición y obstáculos por todas partes. Además, en las ciudades no había multitud, y en los campos sólo se encontraba una población agrupada alrededor de los principales plantadores, dueños del terreno en su mayor parte é investidos con las magistraturas locales. De modo, que si bien las máxi-

mas y tendencias sociales eran democráticas, las situaciones individuales lo eran poco, faltando los instrumentos precisos para la perfecta aplicación de los principios. La principal influencia residía en las clases elevadas, mientras que los elementos populares no pesaban aún bastante para inclinar la balanza de su parte.

La revolución precipitó el curso de las cosas é imprimió á la sociedad americana un movimiento general y rápido en sentido democrático. Allí donde aún imperaba el principio aristocrático, fué combatido y derrotado sin tardanza, y desaparecieron las sustituciones, la Iglesia no sólo perdió sus privilegios, si que su representación en el Estado, el principio electivo tuvo franca entrada en el gobierno, el derecho del sufragio adquirió gran extensión, y la legislación civil se inclinó de día en día más á la igualdad, sin que por esto experimentara cambio radical alguno que de súbito la trastornara por completo.

Y lo mismo que en las leyes, pronto notóse el mismo progreso en los hechos, si se quiere de un modo más decidido y más marcado. No tardó en aumentarse la población en la ciudad, y en la población la plebe, mientras que los campos, merced á un movimiento incesante y acelerado de emigración, se llenaban de pobladores, dispuestos á formar nuevos Estados, ávidos de riquezas, abandonados al egoísmo de su aislamiento y de sus pasiones, audaces, soberbios, luchando con las rudas fuerzas de la naturaleza y los feroces é inveterados odios de los salvajes, enemigos implacables de raza, que habían de ver en ellos á sus aborrecidos usurpadores. Así, lo mismo en el litoral que en el interior del continente, en los grandes centros de población que en los bosques casi vírgenes y apenas hollados por la planta de la civilización, crecían, se extendían y desarrollaban todos los elementos democráticos, todos los principios de la escuela moderna; la independencia individual y la igualdad primitiva, en medio de la actividad comercial y la vida agrícola, ocupando en el Estado y en las instituciones el puesto que les estaba reservado y que hasta entonces no obtuvieron.

Igualmente, como en los hechos y en las leyes, no fué ménos rápido el vuelo que en el orden intelectual fueron tomando los ánimos y las ideas, dando acogida á las teorías radicales más exageradas y á los sueños demagógicos más absurdos. Aun entre hombres de primera talla encontró partidarios la comunidad de las

tierras, la abolición de las deudas y el establecimiento de leyes agrarias mediante la circulación forzosa de un papel-moneda sin garantía (1).

El mal presentaba un aspecto tan grave, que hasta los hombres de más fe y más adictos á la escuela democrática, apenas se atrevían á mantener alguna esperanza de que aquella sociedad, por tan profundas causas conmovida, pudiera encontrar medios de evitar el más deplorable naufragio (2).

Faltaba á la nueva nación americana uno de los dos principales elementos que constituyen la fuerza de un pueblo y contribuyen á vigorizar su vida y á proteger su desarrollo, faltábale la organización política. Había desaparecido el antiguo gobierno y aún no se había formado el que debía sustituirle; y en una sociedad de tan poca conexión y agitada por tan profundas convulsiones, si débiles y dudosas eran las influencias sociales, mucho más lo eran los poderes públicos.

Por esto se redactó la Constitución que debía dar á la Confederación de aquellos Estados un gobierno determinado, fuerte, poderoso, sancionado por la oposición y legitimado por el derecho, capaz de conciliar todos los intereses y de satisfacer en lo posible todas las exigencias.

Con dicha Constitución se consiguió que fuese una verdad el gobierno central, sobreponiéndose á los gobiernos de los Estados, otorgándole la conveniente acción directa sobre los ciudadanos, facilitándole los medios necesarios para imponer la indispensable obediencia sin intervención alguna de los poderes locales.

En cuanto á la organización interior, procedióse de la manera más prudente y mejor calculada para regular los derechos y las relaciones de los diversos poderes según las condiciones de orden y vitalidad política consiguiendo á la forma republicana y la sociedad á que debía aplicarse.

Sin embargo, aceptada y promulgada la Constitución, aún no era sino un simple nombre; proporcionaba armas para remediar el mal, pero no lo extinguía; las altas magistraturas por ella misma creadas, encontraban frente á frente los hechos que la habían precedido y reclamado como indispensable, y que desde aquel momento dieron vida á dos poderosos partidos que se

disputaban el poder para amoldar á sus ideas la sociedad y las instituciones: el partido federal, y el anti-federal, ó democrático, defensor obstinado de las libertades locales.

Ambos aspiraban sinceramente á la consolidación de la república y la unión de los Estados; pero disentían de un modo esencial y permanente en las tendencias y aplicación de los principios. El partido federal propendía á la aristocracia, á la preponderancia de las clases elevadas, á la soberanía del poder central; mientras que el partido democrático era partidario de la autonomía local, del imperio del número, de la casi total independencia de los Estados. En sus luchas se adjudicaba este último el nombre de republicano y denominaba al otro monárquico, monócrata y torie, no dejando ni al mismo Washington libre de sus tiros, y acusándose mutuamente de tender el federalista al aislamiento y el democrático á la anarquía; de querer destruir éste la unión y aquél la república.

Un ilustre historiador, después de demostrar que entre estas dos cualidades, federalista y democrático, no existe ninguna diferencia verdadera y esencial, puesto que en el fondo alimentan unas mismas tendencias, propenden á unos mismos fines, observa la opuesta manera con que á menudo se han calificado los partidos americanos respecto de los partidos europeos de la misma escuela, y nos cita á propósito varios ejemplos, tomados de la historia de otras tantas repúblicas, según los cuales, por el contrario, el partido democrático siempre fué el que quiso reforzar los vínculos de la confederación, que es el gobierno central, lo que constituye el poder y vigoriza las instituciones, fortaleciendo la importancia de la nación, mientras que el partido aristocrático nunca dejó de ponerse al frente de los gobiernos locales, defendiendo su soberanía, ávido de conservar sus prerogativas y privilegios. La índole de nuestro trabajo no nos permite entrar en extensas consideraciones que quizá fueran de algún valer para la historia de los partidos de la nación española en estos últimos tiempos.

Además de las dos grandes agrupaciones indicadas, no faltaban por otra parte federalistas cuyas esperanzas quedaron defraudadas por el mal resultado de los artículos de la Confederación, los cuales desalentados por los ataques y las violencias de sus enemigos, desconfiaban que el país pudiese salir de su prostración, acusaban á sus adversarios de que trataban de promover la anarquía con el fin de reponer algunas

(1) Writings, tom. IX, pág. 207.

(2) Id. pág. 208.